

## PRESENTACIÓN DE *ETNIA, ESTADO Y NACIÓN*

ENRIQUE FLORESCANO

*Los editores de FORO INTERNACIONAL queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a Enrique Florescano por habernos permitido publicar la presentación de su libro Etnia, Estado y nación. Esta presentación abre el presente número en el que se analiza el conflicto que estalló en el estado de Chiapas en enero de 1994, visto particularmente a la luz de su impacto en la prensa internacional.*

COMO LO DIGO EN EL PRÓLOGO, ESTE LIBRO es obra de la perplejidad. Nació de la sorpresa que me causó no encontrar una explicación satisfactoria de las causas que motivaron el estallido del movimiento zapatista en enero de 1994.

Advertí entonces que si bien los políticos de diversos partidos ignoraban la realidad agobiante de los grupos indígenas, no era menos cierto que los antropólogos e historiadores incurrierán, salvo notables excepciones, en interpretaciones desafortunadas del proceso que condujo a la situación actual. Estas circunstancias me llevaron a revisar las relaciones que desde los orígenes de nuestra historia ligaron el destino del país con las poblaciones autóctonas. Entre los sujetos que parecían representativos de esas relaciones seleccioné tres actores. En primer lugar, las etnias nativas que poblaron el territorio mesoamericano. Pero en contraste con otros análisis, considero aquí el desenvolvimiento histórico de sus organizaciones políticas, lo que significa una perspectiva nueva en este género de estudios.

En nuestro país, la identidad étnica les dio cohesión a las primeras sociedades humanas; durante miles de años el grupo étnico fue el núcleo alrededor del cual se formaron las aldeas, los reinos, las confederaciones de pueblos y los primeros estados.

El segundo actor de este relato es la institución estatal, que Norberto Bobbio ha definido como "un ordenamiento jurídico que tiene como finalidad general ejercer el poder soberano sobre un determinado territorio y al que están subordinados de manera necesaria los individuos que

le pertenecen". Esta organización política apareció en fechas tempranas en Mesoamérica, y desde entonces mantuvo relaciones tensas con los distintos grupos étnicos que incluyó en su jurisdicción. Al ocurrir la invasión española e implantarse un Estado colonial de tradición europea, las tensiones entre las etnias nativas y el Estado se transformaron en oposiciones profundas, que después se recrudecieron con la creación del Estado nacional.

La nación es el tercer personaje cuyo desarrollo se vincula con el de los dos anteriores. Como sabemos, nación no es sólo la comunidad de individuos unidos por tradiciones y un pasado común. Ernest Gellner ha subrayado que un grupo humano se constituye como nación cuando sus miembros "se reconocen mutua y firmemente ciertos deberes y derechos en virtud de su común calidad de miembros. Es ese reconocimiento del prójimo como individuo de su clase lo que los convierte en nación [...] no los demás atributos comunes, cualesquiera que puedan ser".

De esta definición se desprende que "la nacionalidad no es una característica innata, sino el resultado de un proceso de aprendizaje social y de formación de hábitos". De ahí que se diga, asimismo, que "el nacionalismo (es decir, el deseo de formar o sostener un Estado nacional), ha sido anterior, muchas veces, al surgimiento de la nación".

La ambición de crear una nación de ciudadanos regidos por leyes iguales, unidos por valores comunes y animados por el propósito de crear un Estado soberano, fue una aspiración obsesiva de los políticos mexicanos a lo largo del siglo XIX. La lucha contra el dominio colonial en las postrimerías del siglo XVIII y durante la guerra de Independencia, y más tarde los sentimientos de frustración que provocó la guerra con los Estados Unidos de América, redoblaron el anhelo de constituir la nación. Bajo esa compulsión nació lo que Benedict Anderson ha llamado una "comunidad imaginada", un tejido de símbolos, emblemas, imágenes, discursos, principios, memorias, valores y sentimientos patrióticos que enunciaban que los pobladores del país, con todas sus disparidades, estaban unidos por ideales semejantes, compartían un territorio, tenían un pasado común y veneraban emblemas y símbolos que los identificaban como mexicanos.

En el siglo actual persistió el atractivo de las políticas que contribuyeron a formar el Estado nacional. Quizá por esa razón los estudiosos del nacionalismo sólo repararon en sus aspectos positivos. Sin embargo, desde la segunda mitad del siglo XIX, el nacionalismo proclamado en las esferas del gobierno y en las instituciones del Estado adquirió un cariz intolerante y represivo. Las clases dirigentes, al hacer suyo el modelo europeo de nación, demandaron que las etnias, las comunidades y los grupos tradicionales que coexistían en el país, se ajustaran a ese arquetipo. Así, cuan-

do los indígenas o los campesinos no se avinieron a esas demandas, el gobierno descargó todo el peso del Estado sobre ellos y llegó al extremo de aniquilar a los pueblos que opusieron resistencia al proyecto centralista. Esta política intolerante escindió más a la nación, en lugar de conseguir su deseada unificación.

La perspectiva histórica muestra que la tensión entre las etnias, el Estado y la nación es antigua y ha sido persistente en México. En diferentes momentos históricos cada una de esas entidades reclamó autonomía e identidad propias, y así generó una relación antagonica con las otras. Al no ser superadas por una organización política comprensiva, las controversias dieron paso al enfrentamiento y a la intolerancia mutuos, que a su vez desembocaron en violentas conflagraciones sociales.

En algunos casos esas relaciones conflictivas fueron distendidas por momentos de intensa participación colectiva, por estallidos súbitos de fraternidad, o por esperanzados anhelos de concordia, como se registra en la fiesta de la consumación de la Independencia en 1821, el restablecimiento de la soberanía de la nación por Benito Juárez en 1867, o la apoteosis popular que celebró el triunfo de Francisco I. Madero en las elecciones democráticas de 1911. Desafortunadamente, esos remansos de concordia no fueron seguidos por una política efectiva de integración nacional, que unificara a los distintos componentes del cuerpo social y al mismo tiempo respetara sus tradiciones, particularmente la trayectoria de las comunidades indígenas, las únicas fundadas en una tradición americana propia.

Debo decir que la revisión de las relaciones entre las etnias, el Estado y la nación me llevó a descubrir interpretaciones erradas, o tesis muy extendidas y carentes de fundamento, así como falsos presupuestos sobre estas relaciones. A continuación me refiero a tesis o interpretaciones que considero equivocadas sobre las identidades colectivas.

La revisión de la literatura sobre las identidades colectivas en nuestro país me permitió advertir que uno de los mayores obstáculos para explicarlas ha sido la presunción de que hay *una sola* identidad mexicana. Contra esta concepción, el proceso histórico muestra la presencia de diversas identidades, en conflicto constante unas con otras. Asimismo, otra tesis que nubla la comprensión de las identidades colectivas es la que las considera como construcciones inmutables, cristalizadas en el tiempo para siempre. Contra esa idea, el análisis histórico revela que las identidades son fenómenos cambiantes, sujetos a flujos y reflujos internos, y maleables a las influencias que provienen del exterior.

En contraste con las tesis esencialistas que conciben a las identidades como condensaciones inmutables, este libro quiere mostrar que los mexi-

canos han asumido diversas identidades en el transcurso de su desenvolvimiento histórico. El recorrido por los tiempos de la historia indica que en cada uno de ellos una determinada concepción de la nación ha buscado imponerse sobre las demás, desplegando todas las artes a su alcance para desplazar los símbolos de identidad enarbolados por otros grupos.

Otra tesis equivocada es la que afirma que los mexicanos hemos superado nuestros conflictos y traumas históricos. Lo cierto es que de la conquista española heredamos una honda división entre los grupos que adoptaron los valores del mundo occidental, y los grupos apegados a los valores y reivindicaciones de la cultura original. La escisión que se produjo en 1521 ha sido tan profunda y duradera, que por un lado le ha puesto barreras a la integración política del país, y por otro ha impedido el reconocimiento del proceso histórico realmente experimentado por los actores colectivos.

La división entre europeos e indígenas negó unas veces la historia y los valores de los pueblos mesoamericanos, y otras condenó y distorsionó los siglos de formación de la sociedad colonial que cambiaron para siempre el destino del antiguo país indígena. Con todo, quizás el efecto más catastrófico de ese choque fue la negación de lo que realmente hemos sido como pueblo: un país de raíz indígena transformado más tarde por una experiencia colonial que marcó decisivamente la formación del ser nacional, una mezcla integrada por un legado nativo y una herencia occidental.

En lugar de reconocer la realidad híbrida que habita los diversos ámbitos de la sociedad desde el siglo XVI, unos sectores se empeñaron en asumirse indígenas, otros renegaron de esa herencia y se identificaron con el legado occidental, y otros más reconocieron su ser mestizo, pero en una forma restringida, que no incluía la plena aceptación de los otros sectores sociales.

Otra tesis muy aceptada es la que afirma que los mexicanos constituimos un país homogéneo desde el siglo XIX. Sin embargo, como se puede advertir en los capítulos de este libro dedicados al siglo XIX, en esos años la posición contraria a los pueblos indígenas adquirió una virulencia extraordinaria. Una campaña perversa, concentrada en los modernos medios de comunicación (prensa, libros, litografía, grabado, caricaturas, pintura, fotografía), convirtió a los indígenas en enemigos de la nación, y les confirió los rasgos más brutales y degradados de la condición humana. Al mismo tiempo, la historia, la etnografía, la antropología y la arqueología adquirieron la categoría de disciplinas científicas en las instituciones del Estado, y a través de ellas comenzó a fraguarse una nueva interpretación de los grupos indígenas, la identidad nacional, el desarrollo histórico y los emblemas patrios. Por obra de este proceso esquizofrénico, la antro-

pología y la historia exaltaron el glorioso pasado indígena, mientras la política cotidiana consideró a sus descendientes el obstáculo mayor para el progreso de la nación.

Esta continua ideación del pasado, y esta incesante recreación de las identidades colectivas, reafirman la tesis de que las identidades sociales, sean tribales, pueblerinas, regionales o nacionales, son concepciones construidas y manipuladas por los actores colectivos, no esencias inmutables.

Otra tesis muy extendida es la que afirma que en México los intereses del Estado han coincidido con los de la nación. Mi libro es un intento de comprender el desarrollo histórico de México a través de dos conceptos fundamentales: el Estado y la nación. Las contradicciones entre las identidades colectivas y el Estado, entre la sociedad plural y la idea que los grupos dirigentes asumieron del Estado, es uno de los hilos conductores de este libro. Y una de sus demostraciones más evidentes es que en nuestro país muy pocas veces ha coincidido la diversidad de la nación con los fines que se ha impuesto el Estado. Este libro muestra que desde la época colonial se ha ampliado la brecha que separa la diversidad de la nación de los objetivos del Estado.

Voy a ilustrar esta contradicción con algunos ejemplos tomados de nuestra historia en el siglo XIX. En este siglo los indígenas no sólo perdieron el fundamento legal de la propiedad comunal, también se convirtieron en parias políticos, pues ni el Estado ni los partidos que se disputaban la conducción de la nación defendieron su causa o discurrieron procedimientos que permitieran su integración en el proyecto nacional.

Por el contrario, puede decirse que la consigna que se impuso fue apoderarse de la tierra indígena, destruir las instituciones que cohesionaban las identidades étnicas, y combatir las tradiciones, la cultura y los valores indígenas. De este modo, en el seno mismo de la república se forjó una triple oposición contra el mundo indígena. La primera la profundizaron las élites dirigentes y los partidos liberales y conservadores, que rechazaron a los indígenas como parte constitutiva de sus proyectos políticos. La segunda fue la oposición que se configuró entre el Estado y los diversos grupos étnicos, a quienes el primero declaró la guerra cuando éstos no se avinieron a sus leyes y mandatos. La tercera fue una resultante de las dos anteriores: la exclusión de los grupos indígenas del proyecto nacional. La consecuencia de esa triple contradicción fue la desastrosa serie de rebeliones y explosiones indígenas que agobiaron al país en esos años y ahondaron las divisiones en el cuerpo social.

Con todo, el daño moral que se infligió a los indígenas y a la nación fue mayor que la pérdida de la propiedad territorial. La afrenta que más agravó a los indígenas fue la de no ser reconocidos como comunidades

merecedoras de un lugar digno en la república que construían los grupos dirigentes. Si se recorre la historia de ese siglo, se advierte que desde la Independencia los autores de los proyectos nacionales en ningún momento reconocieron a los pueblos indios, y nunca aceptaron sus tradiciones como parte de la cultura y el patrimonio nacionales. Cada vez que los grupos gobernantes tuvieron que acudir al apoyo indígena, trocaron el principio de equidad por la petición expresa de que negaran su condición de indígenas.

Los dirigentes del país revivieron los métodos de los conquistadores europeos en sus relaciones con los pueblos indígenas: dictaminaron que su cultura era superior a la de los nativos, y se esforzaron por imponerles sus valores y leyes. Más aún, cuando los pueblos indios se atrevieron a resistir esa avalancha impositiva, los declararon enemigos de la civilización y no vacilaron en promover guerras exterminadoras contra ellos.

El ataque a los valores y las tradiciones indígenas alimentó el nacimiento de una conciencia social excluyente, que condujo a la intolerancia del otro. El señalamiento de los indígenas como enemigos del progreso, o la acusación de que eran culpables del atraso y los fracasos del país, puso en movimiento una campaña insidiosa que terminó de configurar una imagen negativa del indígena.

La ideología que justificó la negación de los valores indígenas fue la concepción de la modernidad y el nacionalismo. Quienes se han ocupado de la formación del Estado nacional y del nacionalismo, no han podido menos que reconocer sus logros positivos. Pero el mismo análisis de las características del nacionalismo puso al descubierto el lado monstruoso que suele adoptar su encarnación histórica.

La faz oscura del nacionalismo hizo su aparición en diferentes países cada vez que asumió la forma de una religión nacional; cada vez que ese culto situó a la nación abstracta por encima de la política y de los grupos de carne y hueso que la integraban.

En todos los casos en que el nacionalismo adoptó la forma de culto político, sus mitos adquirieron el carácter de fundamentos inmutables de la nación, y adquirió los rasgos de una ideología intolerante, firme en rechazar cualquier concepción que asumiera otras tradiciones o héroes fundadores. Tal es el proceso que ejemplifica la formación del nacionalismo mexicano en la segunda mitad del siglo XIX, particularmente en la época de Porfirio Díaz.

El nacionalismo porfiriano, al tiempo que adquirió el empaque que se advierte en sus grandes celebraciones (especialmente en las fiestas del Centenario de la Independencia), se volvió intolerante. Como se muestra en el libro, el gobierno, en sus tratos con las comunidades indígenas, los

grupos campesinos y los sectores populares urbanos, sacó a relucir el rostro sanguinario que ha caracterizado al nacionalismo en otros países.

El antagonismo entre los pueblos indígenas centrados en identidades comunitarias locales o regionales, y la ideología nacionalista que pretendía representar a toda la nación, se convirtió en una oposición radical. En este antagonismo las instituciones del Estado eran las únicas capacitadas para establecer negociaciones efectivas con los pueblos indígenas y pactar acuerdos que propiciaran la convivencia nacional. Como sabemos, estos acuerdos no se dieron nunca en la violenta historia del siglo XIX. Su inexistencia produjo el efecto inverso que perseguían los modernizadores porfiristas. La violencia contra las tradiciones comunitarias provocó un resurgimiento general de las reivindicaciones indígenas en las distintas regiones del territorio nacional.

El mundo rural se erizó de rebeliones, sublevaciones, movimientos religiosos, motines y airadas voces indias que en las lenguas más diversas demandaron la devolución de sus tierras, respeto a los derechos ancestrales, castigo a los crímenes de los ladinos, reconocimiento de las identidades indígenas y comunitarias, protección legal para sus pueblos y lenguas, justicia...

El continuo asedio a las tierras y los derechos campesinos provocó una respuesta tan extendida que tuvo el efecto de convertir el problema indígena en un problema nacional. El ataque conjunto del Estado y los ladinos unificó a los aislados pueblos indios, a tal punto que los grupos asentados en la región yaqui y el área maya se confederaron, formaron ejércitos numerosos y defendieron con éxito sus tierras por más de medio siglo.

A su vez, el número y la extensión geográfica de las explosiones campesinas atrajeron el interés de los líderes y organizaciones opuestos al gobierno, quienes incorporaron las demandas campesinas a sus programas políticos. Los reclamos de justicia agraria, tierra y libertad, o respeto a los derechos de los pueblos, se convirtieron en lemas políticos de las organizaciones anarquistas, socialistas, comunistas y liberales, y de las asociaciones políticas urbanas y rurales. Es decir, a pesar de la violenta represión gubernamental que trató de acallar las demandas campesinas, éstas acabaron por situar el problema indígena y campesino entre los más apremiantes y requeridos de solución.